

Portinari o el Retorno al Hombre Puro

MICHEL FLORISOONE

Lo que buscamos en el cotidiano sufrimiento al precio de un martirio, alguna vez nos es dado gratuitamente, como si no hubiésemos gemido durante años en su busca. Desde hace tres cuartos de siglo, después de Cézanne, Gauguin y Van Gogh, el arte colmado de maneras, habiendo explotado como en el fondo de una mina todas las galerías escavadas hace quinientos o seiscientos años, clama desesperadamente por que se le señale la ruta que ha de seguir.

Ha gritado su miseria en los cuatro puntos cardinales, en las tierras nuevas y en los viejos pueblos, en Polinesia, en África, en Oceanía, desde los más encumbrados hasta los dementes y simples. Siente instintivamente que el remedio para la parálisis y la asfixia está concentrado en un manojito de hierbas silvestres, quiere retornar a su origen, a lo primitivo, volver a la primera encrucijada para partir por una nueva ruta. Llama en su auxilio a *Oviri* o a *Rita Parari*, a los dioses negros o a Douanier Rousseau, a los sueños fantásticos de lo inconsciente o al esquema geométrico, base abstracta de toda realidad, a las edades arcaicas o a las violencias desatadas retrocediendo a pasiones bárbaras.

Y he aquí que un buen día, la suerte se apiada y envía desde el Oeste, desde los trópicos, a Cándido Portinari. ¿Anuncio de recompensa y del término de los tormentos?

Portinari es oriundo de regiones ardientes donde la naturaleza no ha sido dominada por el poder del hombre, en la cual éste no ha sucumbido ante su propia tentación y lucha aún, armado de puños formidables y pies monstruosos, contra la maleza, contra la piedra, contra el terreno. Pero Portinari desciende también de Italia, cuya sangre ha heredado. Pertenece, igualmente, a la época de Picasso y a la de la próxima guerra atómica. ¿Es que en las llanuras desérticas del Ceará brasileño ha brotado el árbol del

arte humano y social del siglo XX? Y la Arcadia de nuestra época de hierro ¿será acaso una región desolada y salvaje de la América Latina en donde los niños mueren de sed y los ancianos poseen cabezas de profetas?

Tales son las preguntas que lo acosan al visitante de la exposición Portinari en la Galería Charpentier. Porque allí nos encontramos ante una solución terriblemente humana y dramáticamente social de la plástica de nuestro tiempo. Se tiene la impresión de que con él se salva la tradición, la tradición de los grandes ciclos de frescos del Quattrocento, la tradición de Miguel Ángel, la tradición romana sin la cual el Renacimiento no habría sido sino un juego de ingenio; pero tal salvación se obtiene por procedimientos actuales, los que inútilmente empleó Picasso, los que inventó el surrealismo. Ciertamente, en presencia del *Entierro en una hamaca*, o del *Niño muerto*, o de las *Lavanderas*, nuestra contemporánea escuela de Occidente se revela como un laboratorio. Portinari la ha hecho entrar en la vida, porque posee la facultad de hacer llorar. De este lado del Atlántico ya no sabemos hacer sufrir al corazón. Nuestro sufrimiento es frío; no sabemos sino vengarlos mediante simulacros de justicia y medirlos en la balanza de los tribunales; de tal semilla hicimos una máquina estéril. Portinari se arrodilla tal cual lo hace la mujer que clama elevando los brazos al paso del pesado costal funerario; tiene el sentido de la vida y de la muerte, y todos los gestos que ejecuta en presencia de la vida dura de los hombres, son gestos religiosos.

Sus *Espantapájaros* son verdaderas crucifixiones; sus lamentos sobre el cuerpo de un niño, son holocaustos, y un simple ataúd azulcelestino, llevado por cuatro robustos mocetones a través de llanuras indefinidas, recuerda la marcha maldita de los criminales bíblicos. La tragedia del mundo ha reemplazado a la ciencia; la estética ha abdicado sus leyes frente a la potencia del alma; la anatomía se ha transformado en un haz de fuerzas tendidas; la luna, los animales, el mortero destinado a moler los alimentos, han retomado su lugar de testigos del hombre; el orgullo ha sido reemplazado por la miseria, y la realidad se ha convertido en visión.

Mediante una prolongada convivencia con un pueblo virgen, Portinari ha vuelto a encontrar la conmiseración franciscana del hombre y, así, ha podido describir el trabajo de los negros, los trabajos y los días de esos seres humanos instintivos que ignoran si sobre esa tierra lujuriosa y desértica, según los lugares que se considere de Sudamérica, son exilados o son autóctonos, si son elegidos de Dios o condenados, si son Caínes o Moisés, si son vivos o muertos. Por otra parte, ¿la plástica de Portinari está formada por

líneas o por volumen? Con una composición de yeso sobre enormes superficies, pinta ancianos mutilados con colores suaves, rosas, verdes, pardos, ligeros, en tanto que juegos infantiles se animan en una atmósfera pesada, lindante con los enterratorios. La violencia del dibujo está en proporción directa a la profundidad de los sentimientos. El horror sugiere el amor. Por encima de un horizonte llano, la figura sobre el cielo, dejando al descubierto sus atroces llagas y con su corazón puesto al desnudo, cada ser dice: he aquí el hombre. Y su grandeza radica en su humillación, porque Portinari también ha vuelto a encontrar el sentido moral.

Artículo de Michel Florisoone, publicado en L' Amour de l'Art, IX, Nueva Serie, N°16, París, 1946